

CANTO FUNEBRE A LA MUERTE DE JOAQUIN PASOS

A sus camaradas de letras y amigos:

*José Coronel Urtecho,
Pablo Antonio Cuadra, y
Alberto Ordóñez Argüello.*

1

CON el redoble de un tambor
en el centro de una pequeña Plaza de Armas,
como si de los funerales de un Héroe se tratara;
así querría comenzar. Y lo mismo
que es ley en el Rito de la Muerte,
de su muerte olvidarme y a su vida,
y a la de los otros héroes apagados
que igual que él ardieron aquí abajo, volverme.

*Porque son muchos los poetas jóvenes que antaño han muerto.
A través de los siglos se saludan y oímos
encenderse sus voces como gallos remotos
que desde el fondo de la noche se llaman y responden.*

*Poco sabemos de ellos: que fueron jóvenes y hollaron
con sus pies esta tierra. Que supieron tocar algún instrumento.
Que sintieron sobre sus cabezas el aire del mar
y contemplaron las colinas. Que amaron a una muchacha
y a este amor se aferraron al extremo de olvidarse de ellas
y poder hoy donárnoslas inmortales y vírgenes.
Que todo esto lo escribían hasta bien tarde, corrigiéndolo
[mucho,
pero un día murieron... Y ya sus voces se encienden en la
[noche.*

2

*Sin embargo, nosotros, Joaquín, sabemos
tanto de ti. Sé tanto... Retrocedo
hasta el día aquel en brazos de tu aya
en que, de pronto, te diste cuenta de que existías.
Y ante ese percartarte fuiste. Y fueron tus ojos.
Y el ver más puro fué que hasta entonces sobre
los seres se posara. No obstante, los mirabas
sólo con una boba pupila sin destino:
sin retenerlos para el amor o el odio.
(Aun tus mismas manitas sabían ser más fuertes
y hábiles, en eso de coger un objeto y no soltarlo.)*

*Una mañana te llevaron a una peluquería, en donde
te sentaron muy serio, y todo el tiempo
te portaste como un caballerito
y bromearon contigo los clientes. Todo esto
mientras te cortaban los bucles y te hacían
parecer tan distinto. A la calle saliste
después. A la otra calle
y a la otra edad, en la que se le pintan
bigotes a la Gioconda de Leonardo
y se es greñudo y cruel...
Mas luminosa irrumpe pronto la juventud.*

*Después todos sabemos lo demás: el impuesto
que las cosas te cobraban. El fluir de los seres
que a tu encuentro acudían por turno, cada uno
con su pregunta,
a la que tú debías responder con un nombre
claro, que en sus oídos resonara distinto
entre todos los otros y poder ser sí mismos;
como sabemos que a laokanann llegaban
los hombres más oscuros, a recibir un nombre
con el que desde entonces
pudieran ser llamados por Dios en el desierto.*

*Y ése fué en adelante tu destino. Por el que no podrías
ya nunca más mirar libremente la tierra.
Un mal negocio, Joaquín. Por él supiste
que ante todas las cosas en que te detuvieras
el tiempo mandado, temblarías. Que bastaba mirarlas,
con los ojos que se te dieron un tiempo decoroso
para que se tornaran atroces:*

el fulgor de un limón.

*El peso sordo de una manzana. El rostro pensativo del hombre.
Los dos senos jadeantes, pálidos, respirando
debajo de la blusa de una muchacha que ha corrido;
la mano que la alcanza. Hasta las mismas palabras
que guardaban, cada una, otra palabra oculta
de la que se nutrían como del hueso el fruto...*

*Todo, en fin, había una esencia dentro de sí. Un sentido
sentado en su centro, inmóvil, repitiéndose
sin menguar ni crecer,
siempre lleno de sí, como un número.*

*Y esa lista de nombres y esa suma total, tú la tendrías
que hacer para el día de la Ira o el Premio.
Y al hacerla pasar tú a ser ella misma.*

*Porque también te dieron a ti un nombre. Para
que de todo esto lo llenaras como un frasco precioso.
Que de tal modo dentro de ti lo incluyeras
—las noches estrelladas, las flores,
los tejados de las aldeas vistos desde el camino—
que al nombrarlo te nombraras tú: suma total de cuanto vieras.*

*Y para todo esto sólo se te dieron palabras,
verbos y algunas vagas reglas. Nada tangible.
Ni un sólo utensilio de esos que el trasiego
ha vuelto tan lustrosos. Por eso pienso que
quizá —como a mí a veces— te hubiese gustado más pintar.*

*Los pintores al menos tienen cosas. Pinceles
que limpian todos los días y que guardan
en búcaros de barro y loza que ellos compran.
Búcaros muy pintados y de todas las formas
que ideó para su propio consuelo el hombre simple.
O ser de aquellos otros que tallan la madera.
Los que en un mueble esculpen una ninfa que danza
y cuya veste el aire realmente agita.*

*... Mas es cierto que nunca
rigió el hombre su propio destino, sino Dios.
Y a la dura tarea mandada te entregaste del modo
más honorable que he conocido. Eso sí:
tú sabías bien en qué te habías metido.*

*A los obreros viste cuando van a la tienda. Observaste
cómo examinan ellos las herramientas y palpan el filo
y entre todas eligen una, la única: la esposa
para el alto lecho de los andamios.*

*De este modo elegías tú el adjetivo exacto,
la palabra más pura y el verso
cuyos rítmicos pasos como los de un enemigo acechabas.
Hacer un poema era planear un crimen perfecto.*

*Era urdir una mentira sin mácula
hecha verdad a fuerza de pureza.*

*Esto era en resumen escribir poesía
y todo lo demás era literatura.*

3

Pero ahora te has muerto. Y el chorro de la gracia contigo..

*Mas, dicho está que nunca permitió Dios que aquello
que entre los mortales noblemente ardiera
se perdiese. De esto vive nuestra esperanza.*

*Difícil es y duro el luchar contra el Olimpo
acuoso de las ranas. Desde muy niños son
entrenados con gran maestría para el ejercicio de la Nada..*

*Mucho hay que afanarse para que al fin lo puro
sea advertido. Y aún así, pocos son
los que entre el humo y la burla lo reconocen.*

Pero, con todo, perseveramos, Joaquinillo. Descuida.

*Redoblabemos nuestro rencor ritual, el de la cítara.
Nuestro alegre odio a saltitos.
La nuestra víbora de los gorjeos... Y el Amor ganará.
Tú deja que tu sueño mane tranquilo.*

*Y si es que a algo has hecho traición muriendo, allá tú..
No seré yo quien vaya a juzgarte. Yo, que tantas
veces he traicionado.*

*Por eso
no levanto mi voz tampoco contra la Muerte.*

*La pobre, como siempre, asustada de su propio poder
y de tantos ayes en torno al muerto, enrojece.*

*Tu muerte solamente tú te la sabes.
No atañe a los vivos su enigma, sino el de la vida.
Mientras vivamos sea ella olvidada como si eternos fuéramos;
y esforcémonos.*

Tú, desde el Orco, gallo, despiértanos.

4

*Y a igual manera que las abejas de Tebas
—conforme el viejo Eliano cuenta— iban
a libar miel en labios del joven Píndaro;*

*llegue este canto hasta la pálida cabeza;
En tu pecho se pose y tu pico su pico hiera
sorbiendo fuego. En torno de tu frente aletee
tejiendo sobre ella una invisible corona.*

*Luego, sus alas bata con más fuerza y hiendan
un espacio más alto sus nobles giros.
El esfuerzo repita. Y otra vez. Y otra. Y otra... Y su vuelo
por el cielo se extienda en anchos círculos.*

CARLOS MARTÍNEZ RIVAS.

Madrid, febrero de 1947.